

# CHILE-PERÚ, LA HISTORIA Y LA ESCUELA

Conflictos Nacionales, Percepciones Sociales

EDUARDO CAVIERES FIGUEROA



EDICIONES UNIVERSITARIAS DE VALPARAÍSO  
PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DE VALPARAÍSO

© Eduardo Cavieres Figueroa, 2006  
Nº Inscripción 157.633  
ISBN 956-17-0389-0

Derechos Reservados  
Tirada: 200 ejemplares

Ediciones Universitarias de Valparaíso  
Pontificia Universidad Católica de Valparaíso  
Calle 12 de Febrero 187, Valparaíso  
E-mail: [euvs@ucv.cl](mailto:euvs@ucv.cl)  
[www.euv.cl](http://www.euv.cl)

Impresión  
Imprenta Libra, Valparaíso

HECHO EN CHILE

*A los profesores de Historia y Ciencias Sociales en Arica y Tacna: que mantienen en la frontera las memorias y las historias nacionales respectivas, pero no miran a los otros como sus enemigos y son capaces, cotidiana y silenciosamente, de construir puentes y sentimientos para una mejor comprensión del pasado y unas más resueltas apreciaciones sobre un futuro más solidario y con menos prejuicios entre ambas sociedades.*

Agradecimientos al Convenio Andrés Bello por la valiosa experiencia recogida. A la Oficina de Relaciones Internacionales del Ministerio de Educación de Chile, a la Agregaduría Cultural de la Embajada de la República de Francia en Santiago y al Director del Sistema de Biblioteca de la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso, por apoyar la edición de este libro.



## ÍNDICE

Presentación.....	9
La Historia y los conflictos seculares: la Guerra del Pacífico.....	17
Sobre historias nacionales y los problemas de integración. Dos entrevistas a propósito de un libro: <i>Chile-Perú, Perú-Chile...</i> .....	33
Historia y nacionalismo. Percepciones y prejuicios .....	47
La Historia como problema y como instrumento didáctico. Los talleres de Arica y Tacna .....	67
Consideraciones Finales.....	109
ANEXOS	
Documento N° 1 .....	115
Documento N° 2.....	119
Documento N° 3.....	125
Documento N° 4.....	133
Documento N° 5.....	139



## PRESENTACIÓN

Alrededor de dos décadas atrás, viajando desde Santiago a Lima, conversé muy amistosamente con un pasajero peruano con quien compartimos impresiones y comentarios acerca de la historia pasada y de la enseñanza de la misma a través de la educación formal. Era el mes de mayo y el Mes del Mar estaba en plena significancia, focalizándose, lógicamente, en la gesta de Iquique. El amigo peruano, avecindado en La Serena, con un hijo en enseñanza básica, había estado dedicado, en esos días, a cortar y pegar recortes sobre Arturo Prat y el Combate Naval de acuerdo a las valoraciones y relatos chilenos, situación que contrastaba notablemente con las propias enseñanzas recibidas por su parte siendo estudiante en Perú. Entre anécdotas y reflexiones, llegábamos a la conclusión que más que los hechos acontecidos, lo que más provocaba problemas era la retransmisión de los mismos.

A lo largo de los años, involucrándome progresivamente en temas académicos relacionados con el problema de pensar el pasado, detenerse en los conflictos, y observar sus efectos en el presente, tratando siempre de buscar posibles caminos de entendimiento e integración entre nuestras sociedades, fui desarrollando diversas acciones que me llevaron a mayores relaciones con colegas historiadores peruanos y, finalmente, a organizar y codirigir un proyecto de redacción conjunta de un libro de Historia de Chile y Perú durante el siglo XIX. Logramos conformar un excelente grupo de trabajo entre siete historiadores chilenos y siete historiadores peruanos que desarrollaron siete temas que cubrían gran parte de los desarrollos políticos, económicos y culturales de la historia de cada uno y de ambos países entre 1820 y 1920. Por cierto, el problema de la Guerra del Pacífico no nos era ajeno y nunca se tuvo en mente el soslayarlo o no considerarlo. Por el contrario, el conflicto atravesó

todos los capítulos, exceptuando el relativo al tratamiento de la Independencia y, además, fue especialmente tratado en la Introducción o presentación general del libro redactada y suscrita en conjunto con el historiador peruano Cristóbal Aljovín de Losada<sup>1</sup>.

Escribir un libro de Historia tiene también su propia historia y, en el caso particular del cual nos referimos, ella refleja, igualmente las mismas tensiones que conocemos cotidianamente entre acercamientos y distanciamientos de las políticas oficiales y de cómo éstos, especialmente los segundos, tienen fuerte eco en ciertos medios de comunicación que, irresponsablemente, sacan pequeños provechos en desmedro de los esfuerzos y contribuciones que muchas personas realizan permanentemente en busca de caminos de mejor y más sólidos entendimientos entre ambas naciones. Tanto en Chile como en Perú, el proyecto despertó entusiasmos y recelos y atravesó por serias tempestades externas al grupo de trabajo que, finalmente, igual supo llegar a mares calmos que permitieron la edición del libro. De la misma forma, posteriormente, ha cosechado aplausos y recelos, existiendo en muchos la idea de que lo que se buscaba era borrar la historia sucedida y desconocer los sacrificios de los héroes, la legitimidad del triunfo, los abusos de la ocupación, la defensa o el desconocimiento de los tratados, etc., etc.

Detrás de estas situaciones se encuentra una muy compleja red de interrelaciones de elementos diversos en que las realidades del pasado y los imaginarios sobre el mismo se han entrecruzado creando una densa y confusa cortina de diversos estratos o capas históricas, sociales, económicas, culturales e, incluso ideológicas que no sólo no permiten tener claridad sobre el cómo y porqué, en medio de largos contextos temporales de colaboración, amistad y buena vecindad experimentado entre Chile y el Perú, se desarrolló un largo camino de hostilidades que culminaron con el estallido y desenlace de la Guerra el Pacífico, sino que, además, impiden a los propios gobiernos, cuando se dan circunstancias favorables, el avanzar en forma más decidida al encuentro de soluciones más permanentes, sin traicionar a sus propias raíces históricas y a los múltiples intereses que siempre existen detrás de ellas. Indudablemente, las variadas formas, sensibilidades y manifestaciones del nacionalismo contribuyen a ello, particularmente cuando sus contenidos siguen estando estrechamente ligados a sus contextos de origen en el siglo XIX.

---

<sup>1</sup> Eduardo Cavieres F., Cristóbal Aljovín de Losada (edits.), *Chile-Perú, Perú-Chile. Desarrollos políticos, económicos y culturales, 1820-1920*; P. U. Católica de Valparaíso, Univ. Mayor de San Marcos, Lima; EUV, Valparaíso 2005. 2ª edición, Valparaíso 2005. Primera reimpresión en Lima 2006.

En forma paralela a las reuniones y posterior trabajo de edición del libro mencionado, actividades que estuvieron muy estrechamente ligadas al ámbito académico (de hecho se desarrollaron bajo los propósitos de un convenio de colaboración entre la P. Universidad Católica de Valparaíso y la Universidad Mayor de San Marcos de Lima), se produjo la posibilidad de participar como consultor por Chile en el Proyecto *La Historia como instrumento de integración y cultura de la paz* desarrollado a través del Convenio Andrés Bello. Durante los años 2003, 2004 y 2005, no sólo pude gratamente profundizar en experiencias historiográficas y culturales con colegas de todos los países miembros del Convenio, conocer más de cerca sobre distintos conflictos internos y externos que constituyen parte importante de la historia de nuestra región y reflexionar más detenidamente sobre el concepto y la realidad de lo americano, sino, además, muy interesante y fundamental, entrar en un contacto directo con profesores y estudiantes de enseñanza básica y media a través del programa Escuelas sin Fronteras, en mi caso particular, en las ciudades de Arica y Tacna.

En gran parte, este libro es producto del trabajo desarrollado en talleres con esos profesores. Es importante destacar lo que significan, en términos históricos, las ciudades de Arica y Tacna y que, en modo alguno, se pretendía ir en contra del pasado de éstas, ignorar las sensibilidades nacionales allí desarrolladas ni, menos aún, alentar distorsiones o evasiones de ese pasado. El objetivo central ha tenido que ver, más bien, con tres ideas centrales que, de hecho, se consideran reiteradamente en las páginas siguientes.

En primer lugar, sobre la historia y las correctas contextualizaciones del pasado, especialmente si ellas se refieren a situaciones de conflicto. Socialmente, un conflicto que lleva a una guerra (como el de la Guerra del Pacífico) siempre es una tragedia, no importa quién gane o quién pierda. Sus efectos se extienden por ambos lados, pero se agravan en el tiempo si es que ellos crean una situación permanente de odiosidades o impiden cualquier tipo de superación de lo que se consideran resabios del mismo. El problema de fondo es que las sociedades sólo se transforman en cajas de resonancia de múltiples intereses y sensibilidades que la mayoría de las veces les son ajenos y poco comprensibles.

En segundo lugar, el problema de la utilidad de la historia: ¿sirve sólo para recordar algunas situaciones del pasado?; ¿y que hay de los largos procesos de desarrollos y problemas comunes?; ¿qué hay del movimiento de hombres, de rutas, de la economía, que han venido dando carácter a grandes espacios regionales sin necesi-

riamente confrontarlos con sus propios ejes políticos nacionales?; ¿qué hay de las relaciones familiares, sociales, culturales, que se han venido conformando a través del tiempo sin referirse exclusivamente a nociones nacionalistas o de otro carácter limitante? La historia sirve también para no hacer inevitables los conflictos en el presente. Sirve igualmente para saber mirar hacia el futuro.

En tercer lugar, el gran problema, el cómo enseñar la historia: ¿de acuerdo a los contextos del pasado o de acuerdo a las circunstancias del presente? En la historiografía reciente de los países europeos, las dos guerras mundiales del siglo XX, son llamadas actualmente como las guerras civiles del siglo XX. Allí, los conceptos son muy interesantes y de modo alguno esconden realidades pasadas. En nuestro caso, me parece, más bien, que debemos hacer síntesis de lo sucedido y tomar las experiencias negativas del ayer como ganancias y no como pérdidas, lo que en definitiva significa aclarar los motivos del pasado para hacer que éste no se constituya en un freno inmovilizado que impida enfrentar conjuntamente el futuro. Básicamente, se trata de que la enseñanza de la historia no sirva solamente para mantener y, en algunos casos, acrecentar prejuicios existentes de unos hacia los otros ya que, al final de cuentas, dichos prejuicios no se explican ni por la misma historia ni tampoco por la enseñanza de ésta a través de la escuela, el colegio, el liceo.

A este punto, conviene considerar dos situaciones clave para pensar que podemos manejar adecuadamente nuestro pasado sin por ello traicionar nuestras propias historias e identificaciones nacionales. En primer lugar, lo concerniente a los desarrollos sociales de nuestras propias sociedades. El mantener a importantes sectores sociales en una situación de atraso hace más posible que éstos sean manipulados con conflictos externos a objeto de minimizar los propios problemas internos. Sociedades más plenamente incorporadas en proyectos sociales tendientes a superar los males del subdesarrollo aún presentes a lo largo de América Latina, serán más respetuosas con sus identificaciones regionales y nacionales y más proclives a reconocer que lo que le sucede a los otros forma parte de problemas, tareas y miradas históricas que tienen mucho de común con lo propio.

Lo segundo tiene que ver con las disposiciones y voluntades políticas de los gobernantes para encontrar soluciones que den permanencia en el tiempo a las visitas de buena cortesía, a la firma de documentos de buenas intenciones, a los convenios o acuerdos bilaterales, sean abiertos o específicos, y que en la mayoría de los casos aparecen circunstancialmente de acuerdo a requerimientos del momento o a las disposiciones o simpatías producidas entre autoridades de ambos países que, des-

graciadamente, desaparecen al mismo tiempo que éstas dejan sus cargos o cesan en sus posiciones de poder. Esas buenas intenciones no logran transformarse de una vez en políticas de Estado que, a partir de diversas acciones, permitan avanzar definitivamente en la búsqueda de relaciones más altruistas entre dos sociedades que siendo diversas, tienen también mucho de común. La experiencia de la comunidad europea no es necesariamente una situación a replicar íntegramente, pero sí un excelente ejemplo a considerar.

Detrás de estas consideraciones, la escuela aparece como un ámbito extraordinariamente importante por cumplir con la tarea tan necesaria de formar a los reales ciudadanos del futuro, sabedores de las experiencias del pasado, pero con adecuados conocimientos del mundo en que viven y con criterios fundamentados en el respeto de sí mismos y de los otros. En esto, la historia sigue teniendo un rol fundamental, el de formar para la vida, pero también el introducirnos en la vida. En lo que respecta al conocimiento de los otros, muy especialmente al de nuestros vecinos, como nos dice Ferro: "No nos engañemos: la imagen que tenemos de otros pueblos, y hasta de nosotros mismos, está asociada a la Historia tal como se nos contó cuando éramos niños. Ella deja su huella en nosotros para toda la existencia"<sup>2</sup>.

A pesar de que la influencia de la escuela es de sólo una relativa importancia en la formación de imágenes históricas sobre los grandes sucesos del pasado nacional, no por ello deja de ser un foco central de atención en las preocupaciones que nos asisten cuando pensamos lo que nos sucede con nuestros vecinos inmediatos. Primero, la escuela sigue teniendo importancia; segundo, ¿y qué hacemos con la historia? Seamos realistas: en primer lugar, a cada uno nos gusta y respetamos nuestra propia historia; en segundo lugar, a la mayoría de los historiadores nos interesa el pasado y muchos de nosotros pensamos en que la memoria larga nos es más útil que las puras miradas cortas sobre el acontecer más inmediato; en tercer lugar, no dudamos ni negamos de que la historia nos sirve para reconocer nuestras huellas y nuestras identificaciones; en cuarto lugar, personalmente me inclino a que en la educación básica y en la educación media si se enseña historia, simplemente que sea historia. Que sea historia y no una trivialización de contenidos mezclados en el ambiguo término de mundo social. No obstante, todo lo anterior no significa pensar en que exista una sólo y muy determinada historia y tampoco que exista un solo tiempo, lineal, y siempre progresivo en una sola dirección. Por ello, el asunto

---

<sup>2</sup> Marc Ferro, *Cómo se cuenta la historia a los niños en el mundo entero*; FCE, México 1995 (1ª reimpresión), p. 9.

de qué enseñar no se transforma en un impedimento cuando se trata de buscar mejores relaciones con otras historias en el presente sin que ello signifique esquivar la memoria histórica del pasado.

El mismo Ferro reflexiona sobre el particular al referirse a que siempre es preciso conocer o reencontrar nuestras huellas y que esto es un viaje en el espacio y en el tiempo. El pasado no es el mismo para todos, pero su recuerdo se modifica con el tiempo de modo que sus imágenes cambian a medida que se transforman el saber, las ideologías y la propia función de la historia. Aún así, "el pasado de las sociedades es más que nunca uno de los envites de las confrontaciones entre Estados, entre naciones, entre culturas y etnias. Controlar el pasado ayuda a dominar el presente, a legitimar dominaciones e impugnaciones". Agrega que las potencias dominantes (Estados, iglesias, partidos políticos o intereses privados) entregan a todos y cada uno un pasado uniforme y se pregunta por el después, llegado el mañana, ¿qué nación o qué grupo humano podrá todavía controlar su propia historia?<sup>3</sup>

Vayamos por parte. En nuestra actual cultura histórica, ¿sería posible enseñar una sola historia tanto en Chile como en Perú? Por el momento, parece difícil, pero no necesariamente imposible. Paso a paso. No tengo duda alguna en que se pueda llegar a una versión más o menos compartida de la Guerra del Pacífico, especialmente pensando en los hechos y no en las interpretaciones, pero más allá de ella, la aproximación que hemos hecho con colegas chilenos y peruanos de procesos conjuntos entre 1820 y 1920 habla de que en las historias de nuestros pueblos hay más semejanzas que diferencias y muchos más puntos en común que situaciones que separen. ¿Es esa una forma de controlar el pasado? Definitivamente no. Es una posición de encuentro para mirar juntos hacia atrás, pero no elimina las peculiaridades propias de cada sociedad. En mis aproximaciones al problema, creo que es útil distinguir entre distintas formas de identificación y que, dentro de ellas, existe una historia nacional que permite una identificación nacional, no excluyente con identificaciones regionales o supranacionales. Podemos ser de Arica-Tacna, o podemos ser americanos, sin dejar de ser chilenos o peruanos. Para la historia nacional, lo más importante, siguiendo a Ferro, es tener claridad sobre cuál debe ser la función que le cabe a la historia.

Cuando en talleres con profesores de enseñanza básica, hablábamos acerca de la noción de América o más particularmente de Latinoamérica, y lo importante que

---

<sup>3</sup> *Ibidem.*, pp. 9-10.

sería enseñar acerca de ese ámbito histórico a los estudiantes, muchos profesores estaban de acuerdo con ello, pero, al mismo tiempo, se preguntaban cómo enseñar sobre América Latina si no se enseñaba lo suficientemente acerca de lo propio, es decir, acerca de la historia de Chile.

Hemos tenido el agrado de venir conversando y reflexionando sobre estos y otros temas con mis colegas universitarios de Chile y el Perú que conformaron el grupo de trabajo sobre la historia de ambos países a la cual hemos hecho alusión, con profesores de Valparaíso, de La Serena y de Osorno, pero particular y más consistentemente, con los ya queridos amigos de Arica y de Tacna. Este libro reúne parte importante de los escritos y de los materiales que han surgido a propósito de esta tan necesaria tarea que significa distinguir entre nuestras identificaciones histórico-sociales y nuestra valoración del pasado junto a los actuales requerimientos de presente y futuro. Por ello es que en las siguientes páginas se encuentran consideraciones generales sobre la historia de Chile y el Perú, entrevistas otorgadas a propósito del libro *Chile-Perú, Perú-Chile*, sobre el problema de los prejuicios y sentimientos que se han podido percibir a través de encuestas y el significado de las respuestas recogidas, y sobre los desarrollos de los talleres de Arica y Tacna. Como Anexos, hemos incluido un muy importante material didáctico elaborado por profesores participantes de esos talleres.

Este libro es una contribución personal, positiva y respetuosa de mis amigos peruanos. Mis agradecimientos a todos aquellos que me han escuchado y con los cuales he podido conversar y reflexionar detenida y profundamente. Mis agradecimientos al Convenio Andrés Bello, a personeros de los Ministerios de Educación de Chile y del Perú, a Carmen Checa L., de éste último, con quien dimos ejecución a esos talleres, pero especialmente a los profesores de Arica y Tacna participantes de los mismos, quienes efectivamente saben y perciben que los sacrificios del pasado se verán enaltecidos si su recuerdo se convierte en un abrazo histórico que lleve a nuestros niños del presente a vivir tiempos en que todos, como hombres y mujeres maduros, en conjunto, puedan mirar el pasado y constatar que esos momentos de conflicto han sido finalmente superados y que en el futuro sí será posible pensar que en la historia las tragedias no siempre son inevitables...





### **La Historia y los conflictos seculares: la Guerra del Pacífico**

Los que estamos dedicados al estudio de la Historia, siempre recordamos las primeras líneas de esa ya vieja, pero siempre vigente, *Introducción a la Historia* de Marc Bloch. En ellas, éste nos hace entrar al mundo de la historia con la imagen de un pequeño niño, al parecer su hijo, que dice: *Papá, explícame para qué sirve la historia.*

¿Para qué sirve estudiar historia? Esta es una pregunta de siempre, que a menudo no tiene una respuesta definitiva y convincente. No tiene respuesta definitiva puesto que la historia, como su conocimiento, cambia permanentemente de contenidos y significaciones en el tiempo. Cuando encontramos explicaciones, éstas no siempre resultan convincentes puesto que en su complejidad, son muchas las razones por las cuales su estudio se hace necesario, pero al mismo tiempo, porque las más de las veces la experiencia histórica prueba el sinsentido de las acciones humanas que tienden a estrellarse con los mismos impedimentos, haciendo dudar de las utilidades de la disciplina y, con mucha mayor razón, de que el estudio de la historia sirve para no volver a cometer los mismos errores del pasado. No obstante, y en definitiva, en estas mismas relaciones y reflexiones, se alza el gran valor de la historia: historia, maestra de vida.

Otro tipo de situaciones importante de considerar es el referido al de las construcciones y reconstrucciones que cada cierto tiempo, de acuerdo a nuevas circunstancias y requerimientos, se hace de la historia pasada. Al igual que las personas que, por un lado, olvidan, niegan, se arrepienten de experiencias anteriores, o, por otro lado, recuerdan, inventan o sobrevalorizan ciertas acciones, los pueblos necesitan

igualmente adecuar sus ideas e imágenes acerca de los tiempos anteriores y reforzar aquellas que les significan mantener vínculos comunes y algún espíritu de cohesión que permita a sus miembros no sólo alcanzar un tipo de identidad sino también sentirse formando parte de algo superior a sí mismos y a sus comunidades más próximas y locales. Sin embargo, y a pesar de todo aquello, en definitiva, aun cuando siempre se juega con el pasado, hay una parte de éste que resulta sustantivo, inalterable, que tiene que ver con los fundamentos, con la esencia de la existencia, de la existencia que históricamente no es una sola sino que a partir de una realidad tiene variadas expresiones.

Así, entonces, entre otros muchos problemas, las sociedades están implicadas en resolver qué es lo que se transmite de la historia y el cómo ella se transmite. Obviamente, ello depende de los propios tiempos y de las construcciones y reconstrucciones a las cuales hacíamos mención anteriormente. Lo cierto es que, tanto en el mundo antiguo, como en tiempos contemporáneos, se privilegia fundamentalmente el transmitir aquello que dice relación con lo público y con lo que sostiene el ser nacional, es decir, lo que legítimamente se observa como lo propio y lo que diferencia de los demás. En algunos momentos, cuando el Imperio Romano comenzaba a disgregarse en términos de una tradición republicana única y se hacía difícil mantener el carácter y el espíritu que se aceptaban como los fundamentos de la grandeza alcanzada, fue necesario acudir a la mayor colectivización posible de breves notas de episodios comunes, los conocidos breviaros, que bien podían ser entendidos por un mayor número de gentes y que aseguraban el conocimiento de los hechos reconocidos como los más relevantes. Cuando en el siglo XIX, en pleno apogeo y maduración de las naciones-Estados europeos, se buscaba legitimar sus nuevos espacios y la reintegración o reunificación de aquello que en el tiempo había estado dividido, se acudió, por el contrario, a los grandes textos de las crónicas universales medievales recreando grandiosos pasados en que la leyenda y la realidad histórica se complementaron satisfactoriamente para dar contenidos profundos al nuevo nacionalismo que había que construir. En el siglo XIX se contaba, además, y favorablemente por primera vez en la historia de occidente, con una institución de primera importancia en la generación de esas identificaciones comunes: los sistemas nacionales de educación. Cuando Fernand Braudel escribió su importante obra, *La Identidad de Francia*, no dudó en reconocer como artífices de lo que conocemos como la Francia actual precisamente el papel de la escuela primaria y la expansión del sistema de ferrocarriles, que no sólo fue capaz de transportar mercaderías o personas, en mayor volumen y cada vez en menor tiempo,

sino también en distribuir los elementos culturales, materiales e inmateriales, que le dieron contenidos a esa identidad <sup>4</sup>.

América Latina sigue en una situación de construcción de sus contenidos y de sus relaciones. Aún hoy se encuentra sumida en una permanente serie de conflictos internos y externos en cada uno de los países que le conforman. Y no me refiero sólo a los remanentes de los movimientos sociales organizados de carácter urbano del siglo XX, sino más bien a situaciones que tienen que ver con grandes problemáticas históricas aún no superadas de las cuales las más persistentes resultan ser las serias exclusiones sufridas por los grupos étnicos tradicionales o las continuas apelaciones a relaciones conflictivas con los países vecinos. Las inestabilidades políticas de Colombia, de Ecuador, Perú y Bolivia, con una fuerte incidencia de relaciones étnicas desiguales, o los permanentes residuos de guerras pasadas, especialmente en el caso de Chile, Perú y Bolivia, son muestras de los desfases históricos existentes y de las significaciones parcializadas otorgadas a la historia.

El problema, por cierto, es una herencia del siglo XIX. Por una parte, el carácter de la época, formación de los Estados nacionales, necesidades territoriales, financiamiento del aparato fiscal, insistencia en las diferenciaciones, etc. Al mismo tiempo, incapacidad o despreocupación de los gobiernos y grupos dirigentes para volcar esfuerzos y decisiones a objeto de que las nuevas posibilidades económicas se transformaran también en desarrollos sociales profundos y permanentes. Como consecuencia, los conflictos externos se convirtieron en principales bases de las identificaciones nacionales y, en el tiempo, apelando a la historia de los mismos, buenos argumentos para solucionar problemas internos. En América Latina, el ejemplo más fuerte, dramático, con significancias y efectos permanentes en las relaciones entre los países comprometidos hasta la actualidad, ha resultado ser el de la Guerra del Pacífico que enfrentó a Chile con Perú y Bolivia, con evidentes pérdidas territoriales para los últimos, en especial para Bolivia que quedó en una situación de mediterraneidad al quedar excluida de soberanía sobre el puerto de Cobija aun cuando tradicionalmente (y lo sigue siendo), el puerto más activo para sus actividades de importación-exportación fue Arica, antes de la guerra, de soberanía peruana y posterior a la misma, chilena.

---

<sup>4</sup> Fernand Braudel, *La identidad de Francia*, Gedisa (primera edición español), Barcelona 1993. Para estos aspectos, ver especialmente la Introducción, pp.13-31.

Si vamos bien atrás en la historia del conflicto, deberíamos considerar procesos anteriores a la conformación de estos Estados nacionales, particularmente las incidencias de algunas de las reformas borbónicas que produjeron la desintegración parcial de espacios regionales bien constituidos a través de la vida y el comercio colonial de modo tal que los mismos, en parte importante de sus realidades cotidianas, estaban en una etapa de reacomodo cuando sobrevinieron los movimientos de emancipación. Cuando ello aconteció y los nuevos Estados requirieron de convertir espacios regionales en espacios nacionales sin clarificar de inmediato las fronteras definitivas de cada uno de ellos, surgieron desavenencias y competencias que prácticamente se generalizaron entre sociedades que habían estado organizadas institucionalmente bajo formas interrelacionadas a través de los tiempos coloniales y que, por tanto, provenían de una historia bastante común. Con todo, ninguna de estas guerras, en la perspectiva de sus exteriorizaciones, dejó tantas y tan profundas heridas como la de la Guerra del Pacífico<sup>5</sup>. Por otra parte, debe también incorporarse en los análisis las formas de inserción de estos países en la economía mundial del s. XIX y, en particular, el rol político, económico y cultural jugado por Inglaterra.

Si vamos atrás, los problemas económicos venían produciéndose desde fines de la época colonial y ya a fines del s. XVIII, el Perú venía experimentando la pérdida de la vitalidad del Callao como primer puerto del Virreynato con el desplazamiento de un importante sector del comercio colonial hacia el Río de la Plata y un lento ascenso de Valparaíso favorecido por el acrecentamiento en el movimiento marítimo de la ruta de Cabo de Hornos. Entre otros variados antecedentes que se conjugaron para la crisis peruana estuvieron las suma de los efectos del libre comercio, de las transformaciones surgidas por el proceso de Independencia, los cambios registrados en la composición de la fuerza interna del trabajo en relación a las producciones de azúcar y algodón, las discontinuidades producidas en el abastecimiento de mercurio, la decadencia de la industria minera de la plata y el aumento de la exportación de circulante monetario para pagar los crecientes gastos del gobierno y del comercio.

Por su parte, la situación de Bolivia no era mejor. Sus lazos externos, como Audiencia de Charcas, siempre fueron débiles y costosos: por el Atlántico, el eje Potosí-Buenos Aires y por el Pacífico, acceso por Cobija, pero con una larga y penosa travesía por Atacama para alcanzar Potosí, Chuquisaca, Tupiza y Tarija. Como es bien sabido, con

---

<sup>5</sup> Al respecto, Eduardo Cavieres, *El comercio chileno en la economía mundo colonial*, Edic. Univ. de Valparaíso, Valparaíso 1996, especialmente 179-192.

Santa Cruz se intentó animar la actividad del puerto, pero más bien se consolidó el movimiento de Arica como centro de abastecimiento de las provincias del norte y como puerto de salida de las exportaciones del país. En esos contextos, la situación de la economía chilena fue más promisorio y Valparaíso asumió el rol de centro intermediario principal en el comercio exterior del país y de parte importante de los mercados peruano, boliviano e incluso ecuatoriano.

En la también intrincada situación geopolítica interna y externa de los recién surgidos Estados nacionales durante la década de 1830, el conflicto que llevó a los tres países a la Guerra de Chile contra la Confederación Perú-Boliviana se ha visto fundamentalmente como un problema de carácter político, pero fue en realidad una especie de “guerra de impuestos” que escondió muchas tensiones que se venían produciendo y las pocas claridades de los dirigentes para llevar adelante planes que no alteraran las relaciones desarrolladas entre las regiones. Fue también reflejo bastante manifiesto de las necesidades y del pragmatismo existente para aprovechar al máximo lo que los empresarios mercaderes extranjeros podían producir en beneficio local y para proveer de entradas de aduana a las muy desvalidas arcas fiscales.

Hemos señalado en publicaciones anteriores que, con mayor tranquilidad política e institucional, viéndose favorecido por el continuo aumento del tráfico marítimo internacional por Cabo de Hornos y con acertadas medidas fiscales igualmente pragmáticas, el gobierno chileno pudo alcanzar un mayor éxito y eficacia que sus vecinos, pero ninguno de los tres Estados planteaba una política económica que no fuese el tratar de sacar el mejor partido a las oportunidades existentes. Escasamente se pensaba en las proyecciones de esas políticas en el mediano o largo plazo. Así se entró en el conflicto. La pregunta necesaria es, ¿era inevitable? La correspondencia entre el Ministro Plenipotenciario de la Confederación y el Ministro de Relaciones Exteriores de Chile, estaba llena de sentidas percepciones acerca de los efectos del conflicto y de las sinceras sensaciones de pesar por el mismo. En este aspecto, el Ministro Olañeta era bastante expresivo al referirse a los *males horribles* que sufrirían los pueblos con motivo de la guerra, a las *consecuencias espantosas* que infaliblemente se seguirían en naciones obligadas a destruirse para hacer la paz, pero se adelantaba a asegurar que ante la inminencia del hecho y ante una posible victoria del Perú, su gobierno no estaba en la pretensión de exigir nada humillante ni indigno de la nación chilena. Decía:

Quiera el cielo, señor Ministro, que yo sea el órgano de estos sentimientos, ya que por desgracia no lo he sido el de reconciliación. Así pagaré la deuda inmensa que he contraído con el pueblo noble que me ha dado una generosa acogida <sup>6</sup>.

La vida económica entre Chile con Bolivia y el Perú se restableció rápidamente después de la Guerra, pero quedó instalada la política de la desconfianza que se fue traspasando hacia todos los sectores de la sociedad, especialmente cuando, además, los procesos históricos de los países se fueron desarrollando con ritmos y profundidades diferentes. De esta manera, el verdadero significado de la Guerra contra la Confederación tuvo efectos a largo plazo. En el caso chileno, para el historiador Mario Góngora, es posible que nunca se hubiese visto con tanta claridad el destino del país, mientras que el horizonte histórico del Ministro Portales habría correspondido efectivamente a la expansión territorial y comercial marítima del país en el s. XIX. En sus comienzos, la guerra habría distado de ser popular porque se trataba de un problema político de un nivel demasiado elevado y porque al mismo Portales se le acusó de haber emprendido un conflicto por la tiranía y la intriga. En todo caso, la guerra sí fue popular después de la victoria de Yungay y sus frutos fueron cosechados por Bulnes <sup>7</sup>.

Lo que más interesa recalcar es precisamente el que la guerra se popularizó en Chile después de Yungay lo cual, evidentemente, significó la formación de un imaginario colectivo que se fue convirtiendo en un contenido bastante esencial del nacionalismo del s. XIX. Este momento, en las décadas anteriores a la Guerra del Pacífico, es muy importante porque coincidió con el surgimiento del sistema nacional de educación a partir de la Ley de Instrucción Primaria de 1860 y con la expansión de la red ferroviaria que, como es bien sabido, no sólo unió territorios sino que además fue vehículo de transmisión cultural fundamental. Podemos recordar que cuando Braudel escribió sobre la identidad de la Francia que conocemos, subrayó el hecho de que esta Francia no era el producto ni de Juana de Arco ni de la Revolución francesa, sino de la extensión de la escuela primaria y del tardío sistema ferroviario que

---

<sup>6</sup> Casimiro Olañeta al Ministro de Relaciones Exteriores de Chile, 7 y 8 de diciembre de 1836. *Sesiones de los Cuerpos Legislativos*, Vol. 24 (1835-1839), Santiago 1892, Anexos 385 y 386, pp. 394-395. En Eduardo Cavieres, *Entre región y nación. Espacios y comercio. Los difíciles caminos históricos de la integración chileno-boliviana*, en F. Fisher (eds.), *Iberoamericana Quinceeclesiensis*, Vol. 2, Pécs-Hungria 2004, pp. 24-27.

<sup>7</sup> Mario Góngora, *Ensayo histórico sobre la noción de Estado en Chile en los siglos XIX y XX*; Edit. Universitaria, Santiago 1988 (2ª edic.), pp. 36-37.

permitieron al Estado llegar a todos los espacios requeridos para formar las bases de la nueva Nación<sup>8</sup>.

Precisamente fueron estos contextos, unidos a cuestiones fácticas y a nuevas problemáticas económicas los que encendieron los intereses, los ánimos y las pasiones para que los tres países, nuevamente, cayeran en la confrontación, esta vez en la llamada Guerra del Pacífico. Volvemos a la pregunta, ¿era inevitable?

Sin necesidad de recorrer nuevamente los caminos, las batallas, los ejércitos, sus comandantes y sus héroes, ni analizar las estrategias seguidas o las causas de las derrotas o de los éxitos parciales o totales, sí es necesario insistir en los contextos ya mencionados relativos a las necesidades de formación de sentimientos nacionalistas del siglo XIX. La historia militar es ya historia y el problema es el cómo establecer una correcta síntesis entre las inquietudes y problemas del pasado y las necesidades y sentimientos del presente. De acuerdo a los contextos conceptuales de Historia, Sociedad, Estado, es que conviene preguntarse por el papel actual de la historia como elemento de integración entre sociedades cercanas, lo cual supone rescatar lo ya señalado respecto a considerar no sólo aquellos elementos comunes que subyacen desde tiempos coloniales, sino también reconocer las diferenciaciones que han venido produciéndose a partir del hecho de que cada una de estas sociedades, organizadas en torno a Estados diferenciados, han venido igualmente desarrollando, como historias y modos particulares, determinadas formas y criterios para escoger aquellos contenidos del pasado que se han considerado como necesarios de subrayar para alcanzar el tipo de identidades que permiten la existencia y la permanencia de lo que llamamos la nación políticamente organizada.

En todo caso, tal como lo hemos manifestado en otras publicaciones, al margen de cuánta importancia se le conceda a la Guerra del Pacífico, el hecho concreto es que ninguna historiografía razonable que intente comprender el pasado de alguno de los dos países puede reducir su narración exclusivamente a ese hecho. Como lo hemos señalado junto a Cristóbal Aljovín de Losada, es necesario recordar que a lo menos hay cuatro hitos previos a la consideración de la Guerra del Pacífico que no son infrecuentes en la historiografía relativa a las relaciones entre ambos países:

1. Durante el régimen del Imperio español hubo una fuerte relación comercial, intelectual, de militares y civiles entre el Virreynato del Perú y la Capitanía Ge-

---

<sup>8</sup> Fernand Braudel, *La identidad de Francia*, Gedisa (edic. en español), Barcelona 1993, pp. 34-35.

neral de Chile. En esta línea, es común notar el predominio del Virreynato sobre la Capitanía, de lo que pondremos aquí dos ejemplos. Un primer expediente podemos sacarlo de las relaciones comerciales, que estaban constituidas fundamentalmente por el intercambio de azúcar por trigo, y que estuvo en manos de los grandes comerciantes de Lima; un segundo ejemplo lo tenemos en la intervención peruana de las tropas del virrey Abascal en Chile para frenar los ímpetus de ruptura de una parte de los chilenos. No es en vano que para muchos historiadores chilenos, la emancipación chilena implica no sólo una liberación del Reino de España, sino también del Virreynato del Perú.

2. Un tema poco divulgado hasta ahora es la configuración social del ejército de José de San Martín. Muchos chilenos participaron en la guerra de emancipación en el Perú que, en mucho, fue también una guerra continental y civil. Junto con ello, hay que mencionar que muchos de los gastos del ejército del sur fueron sufragados por el gobierno de Chile, aunque, en años posteriores se tratase de cobrar los gastos en forma de deuda. El ejército de San Martín tenía la consigna de terminar la independencia americana en tierras peruanas, y existía una retórica de americanos que luchaban contra la dominación española.
3. No pueden omitirse las relaciones entre el gobierno de Chile y el de la Confederación Perú-boliviana (1836-1839). No huelga decir que éstas fueron sumamente tensas, ya que el gobierno de Chile consideraba que la Confederación era una entidad que rompía el equilibrio geopolítico del Pacífico. Es por ello que organizó dos expediciones contra la Confederación, la segunda de las cuales logró su cometido, que era la caída de esta organización política. Es interesante notar que la guerra contra la Confederación no implicó mayor cuestionamiento de la política exterior chilena por parte de la historiografía peruana. La explicación de ello es sencilla: los peruanos opuestos al régimen de la Confederación lucharon contra ella junto con los chilenos. En este sentido, el ejército chileno generó dos tipos de discursos: el de Santa Cruz, por un lado, que lo describía como un ejército extranjero de ocupación, y el de los opositores de Santa Cruz, que veían en él un ejército de liberación, los vencedores del conflicto.
4. El año de 1866 se produjo el famoso combate del 2 de mayo, un hecho naval que simboliza un hito de unión americana, unión que en este caso hizo que ambos países se enfrentaran juntos a la escuadra española. Este episodio significó un momento de recuperación del discurso americanista de las guerras de emancipación ante un enemigo común, España, que aglutinó entonces a nuestros

países. Es común en el Perú entender la guerra de 1866 como un hito de unión americana<sup>9</sup>.

Así, entonces, ¿cómo se entró nuevamente en una serie de disputas y controversias que terminaron tan dramáticamente con la Guerra del Pacífico? Otra vez la pregunta de mayor contenido: la guerra, ¿era inevitable? No es nuestro propósito aquí entrar en una detallada descripción de los antecedentes de la guerra, ni menos aún en los desarrollos de la misma, pero sí es necesario insistir en que un hecho determinado, en este caso la imposición de un impuesto de 10 centavos al quintal de salitre boliviano exportado que afectó a las compañías salitreras chilenas e inglesas, fue sólo el detonante, un episodio dentro de una mucho más vasta situación que se fue complicando a un punto muy difícil de poder solucionar. Obviamente, es igualmente de interés el tener siempre presente las formas del accionar de los diversos grupos de interés y de intereses involucrados en este tipo de situaciones.

Mirando estas complejas relaciones entre Estados que en su momento se vieron enfrentados a estas decisiones, pero que, a la vez, a menudo olvidan sus responsabilidades comunes recurriendo al pasado, pero sin superar los problemas del pasado, desde la historia propiamente tal, debemos hablar también desde los tiempos de la historia. Desde el pasado, desde el presente y en prospectiva hacia el futuro. Como ya lo hemos señalado, desde el pasado, nuestro dilema es el cómo relacionar, en términos adecuados, los problemas de la memoria histórica y de la identidad nacional. Nuestras historias más próximas corresponden a realidades y construcciones históricas de no muy larga data. De hecho, estamos a pocos años de entrar en las respectivas celebraciones de los bicentenarios de los procesos de independencia nacionales, pero no se habla acerca de la celebración del bicentenario de la independencia de hispano-América. Por muchas razones, no discutibles, esta historia es la historia nacional y, por ello, los hechos y procesos que la componen tienen que ver, casi exclusivamente, con lo particular, precisamente con lo acontecido a lo largo de estas dos centurias. Más aún, debe insistirse en que la memoria nacional se ha construido fundamentalmente a partir de la diferenciación y que, más aún, a partir de aquellas situaciones coyunturales y conflictivas que han dividido las sensibilidades de sociedades que, vistas en extensiones temporales mayores, especialmente

---

<sup>9</sup> Cristóbal Aljovín de Losada y Eduardo Cavieres F., *Reflexiones para un análisis histórico de Chile-Perú en el siglo XIX y la Guerra del Pacífico*, en E. Cavieres, C. Aljovín, *Chile-Perú, Perú-Chile 1820-1920. Desarrollos políticos, económicos y culturales*, P. Universidad Católica de Valparaíso, CAB, Univ. Mayor de San Marcos, Valparaíso 2005, pp. 13-14,

a partir del desarrollo de la vida cotidiana a través de grandes espacios regionales, en verdad transnacionales, han sido sociedades que más bien comparten una historia con rasgos comunes mucho más fuertes que los que acostumbramos a visualizar. Una vez más debo recordar a Eric Hobsbawm y ese magnífico artículo sobre la invención de la tradición acontecida en la Europa de la segunda mitad del siglo XIX y comienzos del XX. En esos contextos, que no desconocemos, pero que sí distinguimos en ese período, los Estados nacionales construyeron su historia, su identidad histórica y su memoria histórica fundamentalmente ocupando los recientes creados sistemas nacionales de educación, representando nuevos símbolos e inventando ceremonias públicas y produciendo, en serie, monumentos y edificios públicos destinados a mantener presentes a sus héroes e instituciones<sup>10</sup>.

¿Quién podría negar no sólo la efectividad de estos imaginarios, sino también el papel que han desempeñado en la búsqueda de mejores sistemas republicanos y en el ideal de la formación de una ciudadanía participativa? Aunque todavía podemos discutir acerca de los logros efectivos alcanzados en términos ciudadanos, de representación y de participación en los *beneficios* nacionales, no podemos negar que nuestros sistemas educacionales, desde los Estados, laicos y gratuitos, funcionaron muy asertivamente y que los grandes objetivos de esos sistemas estuvieron muy arraigados a sus respectivas historias nacionales, a sus grandes ejemplos y a sus grandes proyectos, número importante de los cuales habrían arrancado desde los propios sueños de los Padres de la patria y del ejemplo que éstos transmitieron para que sus sucesores lucharan por destinos superiores cada vez que las respectivas patrias estuvieron amenazadas en su seguridad externa. Todo ello es cierto, pero se olvidan los contextos en que sucedieron dichos acontecimientos de enfrentamiento y, más aún, que esas llamadas *amenazas* provenían de sociedades contiguas que poseían el mismo sentimiento histórico y que, además, tenían los mismos problemas y limitaciones. Por razones contingentes, explicables en sus propios contextos históricos, lo que debería haber sido un esfuerzo supremo de colaboración, de amistad, e incluso de franca pero leal competencia en la disputa del cómo insertarse en los mercados externos a partir de mejores utilizaciones de los recursos disponibles, se transformó en severos conflictos que no sólo perjudicaron a Estados victoriosos o derrotados, sino también a cada uno de los miembros de esas sociedades.

---

<sup>10</sup> Eric Hobsbawm, *La fabricación en serie de tradiciones: Europa, 1870-1914*. En Eric Hobsbawm y Terence Ranger (eds.), *La invención de la tradición*, Crítica, Barcelona 2002, pp. 273-318.

Sin embargo, ello es parte de la realidad histórica y, por tanto, contenido muy importante de la memoria histórica nacional actual que, sin embargo y como lo hemos reiterado, se construyó más en la diferenciación que en la similitud. En todo caso, y en base a ello, es que cada uno de nosotros, representando a diferentes naciones, puede decir, con orgullo y satisfacción, a pesar de disgustos y de descontentos: ¡yo quiero a mi patria! ¿Significa ello que no debemos apreciar a quienes son nuestros vecinos? Mayoritariamente, el pasado nos trae conflictos, pero debemos también rescatar acercamientos y solidaridades. Debemos recuperar la historia en sus mayores complejidades y en sus mayores posibilidades. Hacerla más inteligible en términos del pasado y más interesante en términos de lo que es el presente. No se trata de negar el pasado ni de inventar uno sin conflictos. En las experiencias intelectuales de acercamiento entre miembros de diferentes naciones acaecidas en los últimos años, en intentos historiográficos colectivos a través de congresos, seminarios, proyectos de investigación conjuntos entre historiadores argentinos, bolivianos, peruanos, se ha insistido en la necesidad de que para resignificar los contenidos del pasado es inútil e irreal soslayar las guerras y enfrentamientos habidos. A través de las discusiones fomentadas por el proyecto *La enseñanza de la historia como instrumento de integración y para la construcción de una cultura de la paz*, del Convenio Andrés Bello, organismo intergubernamental con sede en Bogotá-Colombia, se ha reiterado que en el análisis de los conflictos del pasado están los mejores argumentos para lograr efectivamente una cultura de paz, integración y colaboración entre los países vecinos y países iberoamericanos.

Precisamente, desde el presente, esa es la gran tarea de la historia, de los historiadores, de los profesores de Historia. A lo largo de nuestra América Latina, cuando buscamos percibir las actitudes existentes respecto a los países vecinos, especialmente cuando se trata de individuos del centro o de las capitales de las Repúblicas, que viven en forma lejana a los espacios de fronteras, notamos desconfianza y hasta cierto punto rechazo a sus similares de los países colindantes. No es necesariamente efecto del peso de la historia, sino mucho más fuertemente de las formas cómo se ha transmitido la historia. Y no me refiero necesariamente al papel de la escuela. En la mayoría de los casos, particularmente en niños, las descalificaciones y desconfianzas hacia los países colindantes se han escuchado y se repiten a través de la familia, del barrio, de los periódicos, de la televisión.

Estas percepciones infantiles-juveniles recogen, en consecuencia, datos e impresiones informales que, si bien es cierto pueden responder a construcciones histórico-

culturales que se han venido conformando en el tiempo, que están en la *atmósfera*, en el aire y en el medio ambiente, es igualmente cierto que no sólo pueden alterar las realidades, desconfigurarlas respecto a sus propias circunstancias, sino también provocar la mantención de odiosidades, desconfianzas y prejuicios, impidiendo encontrar los caminos propicios para una buena superación de los conflictos del pasado y para una mejor construcción del futuro. Para ello es necesario el adecuado conocimiento de lo que somos, de lo que nos ha unido y lo que nos ha separado. También de lo que hemos sido capaces de crear en conjunto y de lo que podríamos seguir creando.

Es igualmente requerimiento urgente el que la escuela, el liceo, debieran recuperar la enseñanza de la Historia, tal como es, como historia propiamente tal. Cuando se ha conversado con profesores de enseñanza básica y de enseñanza media y se les ha preguntado acerca de sus opiniones respecto a profundizar o revalorizar contenidos sobre América Latina, en un número bastante apreciable, ellos responden que siendo favorables a ello, no entienden cómo podrían enseñar historia de América Latina si lo que enseñan sobre historia de sus respectivas naciones es a través de programas fragmentados, parcelados y discontinuos. Si los niños, agregan, no logran integrar los significados de la historia nacional, ¿cómo podrían abrirse a dimensiones mayores que aparecen difusas entre otros contenidos más concretos de historia universal? Este es uno de los problemas concretos de la historia actual y de las escasas posibilidades que tienen las materias de historia para ser transmitidas con sentido y con utilidad positiva concreta. Se debiera buscar una enseñanza de la historia desde sus propios contextos, en sus diferentes niveles y significaciones. No se trata de restar, de ignorar situaciones del pasado; se trata más bien de orientar adecuadamente su enseñanza y de agregar motivaciones del presente que busquen construir y no autodestruir.

En la actualidad se confía mucho en las ventajas del libre comercio y en la apertura de las fronteras y en muchos aspectos pueden haber sobradas razones para ello. Sin embargo, las re-significaciones de la historia no pueden partir sólo desde parámetros económicos. Se ha insistido en convenios de libre comercio entre espacios locales, regionales o sectoriales. Ello es importante, pero no lo único importante. Además, no siempre responden a políticas oficiales de Estado a Estado. Una verdadera resignificación histórica, con carácter y miradas de integración responde, por una parte, desde la perspectiva del pasado, a la búsqueda de miradas comunes, especialmente en lo que podríamos llamar una nueva historia socio-cultural. Por

otra parte, desde la perspectiva del presente, el eludir las repeticiones de las experiencias del siglo XIX, por ejemplo, la de las competencias entre los Estados para obtener posiciones favorables desde economías más desarrolladas descuidando los propios entornos de vecindad. El privilegiar por cuestiones coyunturales y de mediano plazo a comunidades económicas externas, puede conllevar al acrecentamiento de las problemáticas regionales.

En estas definiciones de lo que es y de cómo debe enseñarse la Historia, existen dos falsos dilemas que obstaculizan alcanzar un mejor entendimiento de las historias de nuestros respectivos países. Por una parte, la sociologización de la historia que pretende poner énfasis en el presente llegando prácticamente a una exclusión del pasado, especialmente a través de la desintegración de sus contenidos. Si en gran medida esta situación conlleva a la pérdida de la memoria histórica respecto a los pasados de la propias sociedades nacionales, ello es un impedimento casi absoluto para formar actitudes favorables y mayor conciencia acerca de los valores positivos que tendría una lectura más común a nivel de la historia iberoamericana. No podemos decir que simplemente basta con ubicarse en el presente inmediato para que una historia común entre nuestros países parta sin miradas retrospectivas, desconociendo el pasado. En el presente, todo indica lo contrario: que el pasado no está resuelto, pero que tampoco es bien conocido. Por ello, el problema de hacer más interesante la historia no está simplemente en reducirla al presente, sino más bien de entenderla adecuadamente en sus propias dimensiones temporales. Los gobiernos, el mundo diplomático está llamado en el presente a buscar las llaves que permitan solucionar los quiebres del pasado; el mundo académico, los profesores, la escuela, están llamados a clarificar el conocimiento de ese pasado para que las historias nacionales se refuercen en la cabal comprensión de sus errores y de sus virtudes.

El otro falso dilema está relacionado con los niveles de identificación histórica: la familia es un núcleo básico de identificación, pero ello no desconoce otras identificaciones que pueden funcionar armónicamente en niveles, elementos y contenidos diferentes. Hay una historia local, una historia nacional, unas historias regionales supranacionales. ¿Porqué no podemos pensar definitivamente en una historia de América Latina real y también concreta? Por naturaleza, las historias nacionales no se contraponen a una historia latinoamericana; más bien pueden complementarse. El mejor nacionalismo es el que mira sólida y respetuosamente a los nacionalismos vecinos. La historia contemporánea de Europa ha mostrado, y dramáticamente con creces, a lo que puede llegar un nacionalismo mal entendido. En la actualidad, las

dicotomías entre lo propio y lo global, entre la historia nacional y el mundo globalizado, esconden muchos otros ámbitos de la historia. En nuestro caso, uno de los ámbitos escondidos, necesarios de recuperar es el de la historia iberoamericana. Por otra parte, la propia experiencia de la Unión Europea, primero, de la Comunidad Europea actualmente, en lo histórico, en lo económico y en lo cultural, abren nuevas enseñanzas y ejemplos a seguir aun cuando sería importante tener mayores claridades sobre los objetivos de las relaciones entre la Comunidad Europea respecto a América Latina como un todo, en paralelo a sus miradas e intereses respecto a países determinados.

La dimensión temporal restante en este análisis corresponde a las proyecciones hacia el futuro de la historia, de la enseñanza de la historia, del correcto significado de la historia mirando hacia adelante. ¿Podemos desconocer las fuertes potencialidades existentes en amplios espacios regionales de América Latina? Por cierto que no. Nuevamente volvemos hacia la importancia de la enseñanza de la historia desde lo nacional, pero con amplitudes mayores. La historia puede contribuir también a mejorar las relaciones entre los países a través de la formación de sociedades civiles reales, de naciones de ciudadanos efectivos, con confianza en los mundos particulares a los cuales se pertenece, con espíritu crítico y de autovaloración de sus respectivos pasados, de sus responsabilidades en el presente y de lo que debe comprometerse hacia el futuro. Sociedades civiles fuertes, con conciencia de su papel en la historia, son decididamente más capaces de sostener relaciones vecinales constructivas y asociativas. Son más difíciles de ser tentadas por grupos minoritarios o por proyectos difusos que terminan en tragedias. Este tipo de sociedades son más dispuestas a realizar gestos más definidos para comprometerse en proyectos comunes con las naciones vecinas, gestos de mayor confianza sobre el futuro.

En términos de acciones concretas para avanzar en un mejor entendimiento entre las sociedades latinoamericanas, destaca el Proyecto antes referido de la historia como instrumento de integración que se desarrolla bajo el alero del Convenio Andrés Bello. Parte de sus fundamentos, siguiendo la valoración de propósitos comunes entre los Estados, se basa en que la enseñanza de la Historia debe incentivar enfoques que fortalezcan la promoción de la paz y que generen actitudes en los niños, niñas y jóvenes, para aplicar criterios que conlleven a la resolución de situaciones de conflicto y emprender propósitos de convivencia y armonía en su vida familiar, en su entorno inmediato, en su barrio o vecindad, lo que es extensible hacia los países vecinos. De hecho, en la búsqueda de nuevos enfoques para relacionar la

oposición conflicto/convivencia, interesa tanto el conocimiento del presente como el de los antecedentes históricos del pasado. En esta situación son muy importantes los siguientes aspectos y conceptos:

La existencia de estereotipos discriminatorios que emergen del conocimiento de los conflictos políticos y militares adquiridos en la educación temprana por la enseñanza de una historia que se ha ocupado más de exaltar las desavenencias y desacuerdos, que de avanzar en la necesidad de erradicar la discordia, contrarrestar la violencia y sembrar las ideas de la paz y el entendimiento en la mente de los estudiantes.

Al incorporar el concepto de Cultura de la Paz como dimensión de la enseñanza de la historia para la integración, es necesario plantear la comprensión de todos aquellos factores que impiden a las personas autorrealizarse como seres humanos y como conglomerados sociales, bien porque existen violencias concretas que los afectan (en la vida familiar, escolar), o porque existen violencias estructurales ligadas al ejercicio del poder y la autoridad.

El concepto *cultura de la paz* corre el riesgo de sumirse en la retórica del discurso si no se comprende como proceso dinámico y pluridimensional, en el cual el conflicto no es siempre algo negativo e indeseable; el conflicto no siempre implica la violencia ni la guerra; es un factor de disociación que es posible canalizar y abordar, que da lugar al diálogo y a la concertación para enfrentar de manera creativa situaciones que no necesariamente tienen que desaparecer.

La enseñanza de la historia con enfoque hacia la cultura de la paz debe contribuir a la consecución de una convivencia solidaria entre todos los pueblos y facilitar los procesos de integración. Es una enseñanza de la historia que ayuda a los estudiantes a dilucidar los problemas de la democracia, de los desequilibrios económicos, de las desigualdades sociales, que en últimas instancias, son las que conducen a las confrontaciones de poder entre los pueblos<sup>11</sup>.

Entre pensamientos y acciones concretas, el punto principal de las situaciones conflictivas todavía existentes entre Bolivia, Chile y el Perú, a propósito de los aún per-

---

<sup>11</sup> Martha Vargas de Avella, *Enseñanza de la historia para la integración y cultura de paz*. Informe a la Reunión ordinaria de Comisión de Historiadores Consultores del Convenio Andrés Bello, Bogotá-Colombia, abril 2005, pp.15-16.

manentes efectos de la Guerra del Pacífico, está en dilucidar los mejores canales que permitan efectivamente, sin negar la historia de lo sucedido (quizás entendiéndola mejor), poder superar los problemas pendientes para avanzar más decididamente por los caminos de la integración. Todo indica, al parecer, que la historia como disciplina y enseñanza tiene que jugar un papel fundamental en lograr avances precisos en esa dirección.

Por el momento, aquí no se ha respondido definitivamente respecto a la pregunta inicial del para qué sirve la historia, pero es evidente que reflexiones como éstas nos posibilitan entregar respuestas o aproximaciones poco más acertadas hacia la utilidad que ella puede ofrecer en el mejoramiento de las relaciones en el presente y en el futuro de nuestros países. Como se ha señalado anteriormente, quizás estos tiempos sean de los más favorables para pensar en el ejemplo de la vieja Europa, dividida y arrasada por sus propias fuerzas internas y verla, ahora, convertida en la nueva Europa, la de la Comunidad, que ha hecho serios esfuerzos para combinar adecuadamente identidad nacional y memoria histórica.

Una cita final. Refiriéndose a un hindú sobresaliente en términos de una adecuada conciencia de nacionalidad, a Rabindranath Tagore, Isaiah Berlin escribía que había una frase admirable del filósofo americano C. I. Lewis: "no hay ninguna razón a priori para pensar que, cuando descubramos la verdad, nos parecerá interesante". Sin embargo, agregaba Berlin, que las palabras sean ciertas es indudablemente mejor a que sólo sean interesantes. Tagore, ese poeta hindú, incluso en momentos de crisis aguda de su país, "cuando hablaba a/y en nombre de sus compatriotas, y éstos ansiaban no la mera razón, sino señales y milagros, no cedió; sino que, inmutable, únicamente les dijo lo que veía, sólo la verdad"<sup>12</sup>. Eso también puede ser muy útil en la historia y en el conocimiento de la historia.

---

<sup>12</sup> Isaiah Berlin, *El sentido de la realidad. Sobre las ideas y su historia*, Taurus, Madrid 1998, p. 378.